

## EL CÓNDOR, EL AJEDRECISTA Y EL FABULADOR

---

**María Paula Rubiano**

Periodista de la Universidad de Antioquia.

Son las diez de la noche y Álvaro no ha llegado. Los doce hermanos llegaron a las siete, como siempre, pero es miércoles y son las diez y en el barrio La Floresta no hay rastro de Álvaro. Lo último que supieron sus familiares es que al salir de clases tomaría un bus para irse a estudiar un final a la casa de un amigo, a donde nunca llegó. Don Gabriel trata de mantener la calma, aunque como su esposa Lilian, ya es él un manojo de nervios. Algo malo tuvo que haber pasado, si Álvaro es un muchacho juicioso, nunca sale de noche, y a duras penas de día. Aplicado, severo, organizado. Vive bajo la máxima de “estudiar, estudiar y estudiar”, como diría su futuro amigo si en lugar de presidente reelegido hubiera sido maestro. Pero si no aparece hoy, nada de esto podrá ser. Y ya son las diez, y Álvaro Cardona no aparece.

Unos pies larguiruchos se dirigen a la residencia de los Cardona, traen noticias del hijo más inteligente para la madre. Adentro los nervios, el cuchicheo, los pasos que recorren de un lado a otro el primero, el segundo, el tercer piso de la casa obsequiada por el tío que es Monseñor. Los pies larguiruchos se detienen en la entrada. Dos manos largas mueven la cerradura con las llaves de Álvaro. Se abre la puerta.

—Me caso en dos días.

El alivio por el regreso del hijo dura los segundos previos a esa frase. La madre, ya al borde de un colapso, cae definitivamente en él. Lloro inconsolable, nadie entiende nada. Se alternan las preguntas con las afirmaciones sobre el estado mental de Álvaro. ¿Y con quién, si vos no tenés novia? ¡Está loco, mijo! ¿Qué me le hicieron? ¿Y cómo se llama? ¿Y de dónde es? ¿Y por qué en dos días? ¿En qué trabaja? ¿Enfermera, y mayor que usted? ¿Dónde la conoció? ¡Se enloqueció este muchacho, cómo así que en un bus! ¡Yo no voy a esa boda Álvaro Cardona, vos no respetás esta casa, ni a tus padres, ni a nadie, vos estás loco!

¡Loco de re-mate! Los géminis tienden a la locura, al igual que los ajedrecistas. Álvaro nació geminis un 28 de mayo, y desde pequeño se volcó en el estudio, hasta que a los siete años descubrió el ajedrez. Primer movimiento, comienza el juego. Se revela la pasión que según él lleva en la sangre, que como su signo lo acompaña antes de nacer, antes de tomar aquel tablerito en la escuela Pío XII. Antes de hacer su primer jaque mate.

¡Loco de re-mate! Jaque mate, Álvaro se casa con la mujer que conoció en un tarde lluviosa yendo hacia la casa de su amigo. Todavía con su uniforme de enfermera y acompañada por otras catorce mujeres, en la calle San Juan con la 70, ella toma el bus donde iba montado un muchacho estudiante de administración de la Universidad de Medellín. Emilsen lo mira, él saca un pañuelo para limpiar el asiento que estaba mojado. Jaque en dos movimientos, amor a primera vista. Él se cambia de puesto, le conversa, y después de una tarde en la casa de ella, deciden casarse.

El carro de los Cardona se parquea frente a la Capilla de San Vicente de Paúl. Son las seis de la tarde de un 6 de enero. Álvaro se baja solo del carro. Hay matrimonio, hay fiesta en la casa de la hermana mayor de Emilsen, hay luna de miel en Ebéjico, en la finca de un primo del novio. Los nervios se apoderan de ambos cuerpos en aquella finca prestada, llena de árboles de mandarinas, y Emilsen abandona a Álvaro sin haber consumado la unión. Se va para donde su mamá, en Manrique. Allá arriba se queda viviendo las dos primeras semanas de su matrimonio, hasta que los ánimos se calman y ella regresa a su nuevo hogar. Una vez juntos, saben que no será fácil que Álvaro termine la carrera sin el apoyo de los padres, pero Emilsen decide ayudarlo, y con su trabajo logran graduar al pelado delgadito, elegantísimo, siempre de traje y corbata. No tarda mucho en conseguir un empleo en el Banco de Occidente, donde escala posiciones rápidamente.

Al ver el triunfo de lo que parecía una desgracia, despacito, con timidez, la familia de Álvaro empieza a reconocer a la extraña, la del barrio arriba, muy peligroso, comentan las vecinas. La aceptación es completa cuando del vientre de Emilsen sale el primer hijo de la pareja, Hugo Armando. Viven en Envigado, el lugar natal de Álvaro. Como Emilsen trabaja todo el día, al igual que su esposo, le pide a su sobrina Marjori que cuide al niño y se ocupe de su casa. Son buenos patrones, recuerda Marjori, quien desde los quince años había trabajado como empleada del servicio. Se enorgullece de su arte, que es como llama a todos los trabajos, desde el zapatero hasta el gran empresario, como su patrón. Sobre todo, cuida a los niños con la devoción de una madre. Tanto así, que la segunda hija de los Cardona, Sandra Marcela, terminará llamando “mamá” a quien en realidad es su prima. Y cómo no, si desde que tiene quince días fue la mujercita —así, en diminutivo, porque Marjori es pequeña, y compacta, como una cajita de hombros amplios y altos— quien se encargó de alimentarla, de llevarla al médico, de hacer el viaje largo desde Envigado hasta Manrique para llevarla y recogerla del colegio, de hacerle los disfraces y sacarla en las tardes a comer helado. Incluso cuando Sandra Marcela tenía dos años, Marjori se la llevó quince días a pasear a El Peñol y otros pueblos de Antioquia.

El tiempo que no pasa con Marjori, Marcela lo pasa con su papá. Todas las noches, después de llegar de su nuevo trabajo en Inextra, Álvaro se quita el traje elegante

y se sienta con su hija a hacer las tareas. Es común ver a la niña con una pila de hojas arrugadas a su lado: su padre la obliga a arrancar la hoja completa si hay un solo error de ortografía o redacción. Para los exámenes, Álvaro le lee el tema, le dice que estudie sola durante una hora y después le hace un examen escrito. Según sus respuestas debe irse a repasar, o puede ver televisión con Marjori, o pueden jugar al ajedrez un rato, pues es Marcelita la que más disfruta el juego. El *ping-pong* también los une, pues los fines de semana él la lleva a Comfama a jugar con la bolita que va de un lado a otro, clac clac clac, mejora tu saque, hija, clac clac lac, la pelotica rebota y la niña de seis años la persigue para seguir jugando. Sin embargo, cada tanto las mesas de ajedrez que ellos ocupan se quedan calladas y las pelotas quietas, pues los domingos de clásico las manos de padre e hija ya no agitan las raquetas, sino que vitorean al Verde, al Atlético Nacional que corre de un lado para otro persiguiendo una pelota que no hace clac clac clac. Nadie más, solo ella, tiene el privilegio de acompañar al padre a merchar, montarse en el carrito en la Constanca y al final, con las bolsas llenas, es ella quien recibe una ensalada de frutas que cobran por peso.

Es ella también quien está preocupada porque son las diez de la noche y Álvaro no aparece. Muchos años han pasado desde aquellas noches de tareas en el apartamento en Envigado. Ahora Sandra Marcela vive con sus dos hijos y su esposo en San Antonio de Prado. La casa es delgadita y tiene tres pisos, es algo así como una torre de ajedrez, pero cuadrada. Desde hace un año Álvaro vive con ellos, se hospeda en el cuarto de atrás de la cocina. Esta mañana salió a eso de las seis, después de que Marjori, quien cuida a los hijos de su prima, le preparara el desayuno. Y ya son las diez y Álvaro no aparece.

Cuando llegó a vivir a la casa en julio de 2012, Álvaro parecía un cóndor viejo, mal alimentado, encorvado y con una barba larga que lo hacía parecerse a Rasputín. A fuerza de mugre, su pelo blanco ya estaba amarillo, y por tanta calle sus uñas se habían vuelto negras, tal como el traje que Álvaro vestía. Después de botar la ropa con la que venía, Marcela le dio trajes nuevos, negros y grises, verdes y azules. El abuelo comenzó a ayudar con la casa, pintó la puerta metálica de blanco, al igual que los barrotes de la ventana. Pronto las vecinas le tomarían cariño, y en su siguiente cumpleaños, en mayo, se reunirían todos a comer arroz chino, a partir la tortica, a regalarle trajes de colores, verdes y azules, blancos y grises. Ya para ese día había empezado a salir del conjunto residencial poco a poco (primero a dictar clases gratuitas de ajedrez en el colegio Monseñor Víctor Weideman, después a organizar torneos a los que invitó al ajedrecista cubano Pupo Martínez, y por último, para llevar a los niños de su curso a un torneo en el Inder).

Pero cada vez es más frecuente que llegue tarde. Ebrio incluso. Se va volviendo agresivo, hasta el punto de gritarles a sus nietos por pedirle que no salga de la casa, abuelito usted sabe que a mi mamá no le gusta, y este mariquita a mí no me va a mandar, a mí no me vas a decir lo que tengo que hacer, tu mamá es que no

te enseña nada, y Marjori defiende a sus primos segundos, y espera hasta las diez a que llega Marcela para contarle todo, porque con los niños no te vas a meter, le grita Marjori a quien por allá en los ochenta fue su patrón. Cuando ese día llegó de su turno de enfermera y su prima le contó lo ocurrido, Marcela se llenó de ira, la misma ira que la embarga al pensar en la cama vacía del piso de abajo y en sus hijos despiertos esperando al abuelo, que a pesar de que son las diez no aparece.

Se escuchan entonces unos gritos lejanos. No sé a qué suenan los pájaros viejos, pero sí sé que la voz de Álvaro Cardona sale raspándole la garganta, es como una lija que asciende por una superficie de madera y le sale con dificultad por la boca. Se arrastran las sílabas mientras unos puños golpean la puerta de acero. El ruido es insoportable, el eco retumba en la torrecita cuadrada. Sandra Marcela baja rápido a abrir la puerta, tiene el rostro colorado y ganas de gritarle al viejo borracho que huele a cerveza. Hay reclamos furiosos, usted dónde estaba, mire la hora, ¿qué le he dicho de salir a la calle? El pájaro insiste en que solo estaba jugando ajedrez, mejorando unas técnicas.

—¡Esta casa tiene normas, y las vas a cumplir o te vas!

Álvaro no para de gritar, no le importa si despierta a sus nietos o al gatico de la vecina. Pues entonces me vooooooy, abre la puerta, la tira furioso y sale. Segundo movimiento. Esta es la última vez que alguien se mueve para protegerlo. El rey se queda solo. Pero eso él no lo sabe todavía. Cree que podrá volver, que le darán dinero, y trajes verdes y azules y grises. Pero esta fue la última vez que un familiar le tendió la mano, su última oportunidad. Al otro día cuando llega a trabajar, Marjori nota la ausencia de Álvaro. Habla con Marcela, quien le cuenta todo lo ocurrido la noche anterior. Pareciese el fin de una historia de ausencias que había comenzado hacía casi dos décadas, cuando la familia aún vivía en Envigado.

Eran los principios de los noventa, ya había nacido Diego Alejandro, el último hijo de la pareja Cardona. Marcelita rondaba los diez años, y Hugo los 16. El narcotráfico estaba en su época más cruda y Álvaro comenzó a asesorar a algunos nuevos clientes sobre cómo administrar su nuevo y abundante dinero. Cada vez con mayor frecuencia, comenzó a asistir a reuniones sociales que eran más bien fiestas, qué fiestas, ¡parrandas!

Tantas veces dieron las diez, las once, la una de la mañana, y Álvaro no aparecía. Emilsen, a veces borracha de sus propias fiestas, a veces sobria, siempre lo recibía dispuesta a pelear y ganarle la partida a su marido. Una vez comienzan la pelea, la prima toma a Marcelita en brazos y la lleva a dormir a su cuarto. La niña, asustada por los gritos —y los golpes—, se calma acostada al lado de “mamá”. Aun así, las paredes dejan filtrar algo de los reclamos de la madre, Álvaro, mirá lo que encontré en tu chaleco, qué es esto, que eso no es mío Emilsen, yo no sé quién

metió esa bolsita ahí, cómo que no, cómo se te ocurre traer eso a la casa, y que no es mío, y además vos saliendo con esas vagabundas, y así se pasaban las noches cuando ambos no salían juntos a las fiestas, en las que en alguna ocasión Álvaro le ofreció a su esposa un poquito de aquel polvito blanco que siempre aseguraría no le pertenecía.

Y si a las diez de la noche Álvaro no aparecía en su casa, no tardó en dejar de aparecer a las siete de la mañana en el trabajo. Marjori empezó a contestar llamadas desde Inextra preguntando por qué Álvaro no había ido a trabajar hoy, y ella solo podía responder que no sabía, que el señor Álvaro salió en la mañana, si no ha llegado no sé dónde estará. Lo que Álvaro hacía en esas ausencias son vacíos que se pueden llenar con partidas de ajedrez, o fiestas, o búsqueda de polvito mágico, o polvitos con las mujeres aquellas. La ausencia reiterada, las peleas y los polvitos dejan a Álvaro sin trabajo. Pronto hay que vender el carro, pensar en mudarse porque el sueldo de Emilsen no da para tanto, y lo poco que Álvaro gana se lo gasta en (un) vicio, en comprar libros de ajedrez en los que se gasta más de treinta millones de pesos. Tercer movimiento.

La familia abandona el apartamento en Envigado, el dinero de la venta se pierde, madre y padre lo malgastan. Se van a vivir a Sabaneta y luego a La América. Álvaro vive por temporadas con su familia. Se vuelve frecuente la imagen de Emilsen tirada en un sofá, rodeada de botellas vacías, mientras su hija Marcela le prepara algo de comer a su hermanito menor. La plata se esfuma rápidamente, y por eso la familia debe subir allá arriba, a la casa de la abuela en el barrio peligroso, Manrique.

Marcela siente que vive en una película de terror, con un tío que la mira raro, balas rozándole el pelo y explosiones que levantan polvo del que van saliendo los muchachos cubiertos de sangre, “como muertos vivientes”, se dice para adentro. Un día el tío que mira raro a Marcela ve a su papá fumándose un bazuco en el antejardín de la casa. Emilsen lo echa una vez más. Sigue bebiendo, sin importar que Marcela lllore despierta, porque son las dos de la mañana y su mamá no aparece, y llega a las ocho del otro día a seguir la beba.

El hermano mayor, Hugo, se consigue una noviecita en el barrio. Una pelada bonita, de esas que los jefes de combos escogen como mujer. Un día cualquiera Hugo sale del gimnasio, y llama a su hermana para que vaya y le compre el Yogo-Yogo a la tienda, que ya voy para la casa. Hugo para a saludar a la exnoviecita, porque ella lo había dejado quién sabe por qué. Conversan, ella en su balcón, él abajo, relajado. Un niño de trece años se acerca con un revolver. Dispara una, dos veces. Hugo pregunta que porqué lo están matando, si él no se mete con nadie. El niño, mandado por otro exnovio de la chica, sigue disparando. Son seis las balas que matan a Hugo.

Marcela decide que no soporta más, y se va a vivir con una amiga de su mamá en otro barrio. Empieza estudiar en el colegio de Nuestra señora de Lourdes, sube a visitar a su familia —o lo que queda de ella— los fines de semana. A pesar de todos los demonios, Emilsen decide que no puede vivir separada de uno de sus hijos. Compra una casa en Belén, y Marcela, ya de 17 años, regresa con ella. Viven en ese barrio durante un año, y cada vez son menos frecuentes las visitas de Álvaro. Luego se pasan para Robledo, donde Emilsen echa definitivamente a su esposo de la casa. Años después se separarían por lo legal. Las dos mujeres y el hijo menor llevan una vida relativamente normal. Marcela empieza su técnica en enfermería, y Diego, el menor, sigue en el colegio. Álvaro, el exgerente, el inteligente, el siempre limpio, el asquiento y pulcro, deja de existir, y solo regresa cuando la voz gangosa del cóndor viejo lo invoca.

Cuando esa voz de lija se dirige exclusivamente a uno, es posible recordar que se está hablando con un pájaro otrora bello, elegantísimo, como diría su hermana Nena. Solo es posible escuchar a quien fue cuando los nombres y apellidos de ajedrecistas rusos y cubanos salen fluiditos de esa boca agria y mentirosa. Porque si hay algo que siempre acompaña a los trajes oscuros que aun hoy usa Álvaro, es su boca plagada de historias que nunca ocurrieron, que son tantas que se le escurren por entre los dientes y salen golpeándose unas con otras.

En la cabeza del hombre del traje demasiado grande vive otro hombre, uno que solo él puede ver. Uno que se levanta a las cuatro de la mañana todos los días, hace yoga en la pensión en Prado Centro y come poco. Uno que va a misa a La Candelaria todos los días, lee la prensa, va al Biblioteca EPM, entra a internet, hace contactos con dueños de restaurantes en el centro, conversa con ellos y los asesora con publicidad. Uno que a la una de la tarde sale a repartir la programación cultural de Medellín, como forma de financiar el Club de niños ajedrecistas que tiene todos los domingos en el Inder, al que asisten un aproximado de trescientos pequeños. Ese mismo se fue de su casa después de una conversación corta con su mujer:

—O el ajedrez o la casa.

—Emilsen, usted ya sabe cómo es: primero Dios, después el ajedrez y luego todo lo demás.

Ese Álvaro, el de su piel para adentro, fue curador en la Segunda Bienal de Arte de Coltejer, sabe hablar italiano, alemán e inglés, está escribiendo una enciclopedia de ajedrez de 20 tomos (actualmente, la más extensa cuenta con cinco) y está invitado por Nestlé para fomentar el ajedrez infantil por todo el mundo. Trabajó en la campaña del excandidato presidencial Óscar Iván Zuluaga, es amigo de Sergio Fajardo, quien espera ansioso un libro con las memorias de este promotor abnegado del juego de escaques y estrategia.

Sin embargo, el cuerpo del cóndor viejo cuenta las historias que no salen de su boca, historias que pasaron afuera de su cabeza, que le muestran a mi nariz el mal olor de los días sin bañarse, un temblorcito nervioso, una ansiedad en la mirada, una soledad que se lleva sobre los hombros haciendo que el cuerpo tome la forma de un interrogante. Las negativas a recordarlo en los clubs de ajedrez del centro, los silencios incómodos cuando pregunto por él, la negativa a ser identificado, porque que pereza buscarse problemas con él, que se ha vuelto muy agresivo, la última vez que vino al Inder como profesor lo hizo con unos niños de San Antonio de Pereira, y terminó tirándole un alfil en la cabeza a otra profesora, cuenta un docente de la Liga.

Son dos los hombres que habitan ese cuerpo de sesenta años, a veces se encuentran y se saludan cordiales, cómo le va, muy bien y a usted, ¿cómo va el ajedrez, los niños, la mujer? Qué bueno hombre, yo también empiezo a recibir la pensión este año, y después de un breve intercambio de experiencias —que por casualidad a veces comparten—, cada uno sigue por su lado. El viejo cóndor sigue plantándose frente a mis ojos, y El Elegantísimo sigue plantándose detrás de los suyos. A veces se cuele El Elegantísimo, una palabra, la mirada fija a los ojos, las frases bien construidas y el amor que le profesa a su exesposa y a su hija. Pero generalmente son las cuatro, las dos, las once del día, y Álvaro Cardona no aparece, y la periodista que lo espera se frustra un poco, hasta que, al igual que la familia y quienes alguna vez lo rodearon, finalmente termina acostumbrándose a esa voz ausente. A las seis citas incumplidas, a la dentadura destruida que no quiso mostrar cuando salió por Teled Medellín, a la altura, la delgadez, al dedo anular que conserva el anillo de matrimonio, las axilas sin bañar, el pelo grasoso. A sus historias fantásticas, sus tantísimas mentiras que terminan salpicando todos los relatos, incluido este. Como movimientos en un tablero, las ficciones de Álvaro van en diagonal, o saltan, o se comen verdades, las estiran, todo para proteger al personaje central del juego, el rey venido a peón.

Al lector que decida descifrar qué es real y qué no, le recuerdo que en el caos silencioso solo el todo es visible.

Disecionar, separar, clasificar,

Es. Perder. El tiempo.

Jaque mate.